

Emilio Rodríguez Mendoza

Al margen de "La Última Victoria"

(Drama inspirado en la vida de O'Higgins)

I.—EL ESCENARIO LLENO DE RIFLES, CUREÑAS Y TAMBORES...



UNA anotación preliminar, que es esta: hasta hoy se ha olvidado, o no se le ha otorgado—una de dos—, un gran alcance a lo sentimental de los protagonistas de la Emancipación, que es hasta ahora la única revolución auténtica y fundamental producida en estos países. Se escapa—, sólo en parte—, de este olvido, Bolívar y su famosa Manuelita: la noche del atentado a espada y a bala contra el Libertador, dormía, pero sólo con uno de sus ojos flamígeros y teniendo bien abiertas sus hermosas orejas. Oyó tumulto, empellones y dicterios ¡y cómo no iba a oír, si estaban forzando las puertas del Palacio de San Carlos en que se hospedaba y descansaba el Héroe! La arrogante Manuelita, y por sabido se calla que era de armas tomar, cogió una espada y una pistola y casi sin abrocharse, salió a encararse con los conjurados, dando así un tiempo precioso para que don Simón cogiera sus pantalones y saltara a la calle por el balcón de una salita, muy mona, en que muchos años después recibían gentilmente las hijas del Presidente Reyes en los tiempos en que el que esto escribe ahora, oyendo llover y al amor de los recuerdos, era Encargado de Negocios en Bogotá.

Como el de Bolívar y Manuelita, ¡cuántos romances más! Sin embargo, no está debidamente escrito ni debidamente historiado el drama sentimental de los Próceres. Y no es esto un cargo para la historia documental porque ésta (aludo con las pleitesías del caso en que aún se representan como saliendo de la fotografía, o sea, con traje talar y una estrella de buen tamaño entre ceja y ceja) no le ha otorgado a los sentimientos de que se trata, la importancia que tienen, como lo prueba el ejemplo *demodé*, pero siempre clásico, de Cleopatra, prestigiosa precursora del *sexe appel*, entonteciendo por completo al apasionado Marco Antonio, hasta el extremo de hacerlo pelear, inclusive con sus colegas Octavio y Lépido: echó el Occidente al diablo, que supongo que ya existía aunque con otro pseudónimo, siendo, al fin, enérgicamente zurrado en Accio, lo que, en realidad, le pasó por enamorado...

Podrían amontonarse los ejemplos destinados a probar fehacientemente la sabiduría a firme de la frase dumasiana: *cherchez la femme*.

El hecho es que escritores y dramaturgos sudamericanos—, no abundan los primeros y ralean los segundos—, no han escarbado lo bastante con la pluma en el período emancipador, el más dramático del Continente del tercer día de la Creación, según Keyserling, afanosamente empeñado en aparecer genial. No señor!

En 1810 empezaron a bambolearse de consumo retablos, carrozas y casonas; el régimen barroco, hubiera o no que reemplazarlo, se venía al suelo estrepitosamente y no costaba mucho trabajo quedar macheteado o alanceado, en «el campo del honor», y en la ciudad, con la espalda contra un muro de adobón o tomando elegantemente el aire y la altura desde el extremo de una soga tirante, llamada «cabulla» en lenguaje criollo.

Al reparar en la ausencia de lo pasional en el teatro inspirado en ese período, parece del caso subrayar que dicho lapso hiperestésico abundó en toda clase de psicologías, exacer-

badas por el drama: la visión en Miranda, lo genial e impulsivo en Bolívar, lo heroico en O'Higgins, lo implacable en Boves, lo típicamente vernáculo en Páez y sus llaneros.

A falta de pasiones y psicología, se ha hecho—, sigo aludiendo al teatro inspirado en aquella época—, gran consumo de lo épico y lo super épico y como *ad hoc* para aniversario patriótico... Y por sabido se calla, que está más a mano y es más fácil apelar a la guardarropía y lo pintoresco, que accionar pasiones, movidas en su ambiente: es más sencillo y expeditivo, en una palabra, lo puramente exterior o periférico, en vez de aventurarse en escarceos e inducciones psicológicas.

En efecto, la mayoría—, no digo todas—, de las piezas dramáticas que se han «metido» con los próceres, han resultado... con cañones, sables en alto, himnos, tolvaderas y «tropes equinos», como decía Darío en sus marchas triunfales con música de viento y percusión. Pero nada de amores y mujeres de pollerón campanudo, mitones en las manos que apunaban el rosario de oro; cruz de esmalte en el cuello de azucena y aretes oscilantes. Cierto o no, el hecho es que todas resultan ahora tan guapas, como doña Paula Jaraquemada, que puso de vuelta y media al propio San Bruno, que era muy bruto, y al sargento Villalobos y sus secuaces.

Nada de eso, es decir pasional, y ante esta ausencia deplorable, uno pregunta una y otra vez por el eterno femenino de ese período hiperestésico. Se trata, evidentemente, de una ausencia tanto más injusta y lamentable, cuanto que no todo debe haber sido entonces fusilazos, cañoneo, horcas y banderas aporbilladas en medio de los polvorazos; no todo porque, desde luego, hubo espacios de calma aparente muy adecuados para el drama, la peripecia, y aún la tragedia.

En cambio aun aparecen los recursos de latiguillo escénico, constituyendo el fuerte de una buena parte de las estruendosas representaciones teatrales inspiradas en aquel período. Y aquí pido la venia para colocar una historieta, insignificante

pero verídica, lo que no es muy común en materia anecdótica.

Siendo secretario de nuestra Legación en Buenos Aires, me tocó asistir resignadamente al estreno de una de estas piezas de trueno patriótico—y de la cual era, desgraciadamente, autor un compatriota.— en que aparecían en lo más empinado de los Andes, San Martín con su falucho y O'Higgins con sus patillas, ambos a caballo, más un cañón haciendo fuego en medio de la escena y con un soldado patriota o «chapelón», muerto entre las respectivas ruedas...

El éxito ante aquel público zumbón y «titeador», no correspondió a lo que el autor y los suyos esperaban y, ante el elocuente mutismo de la crítica, el infortunado dramaturgo—llamémoslo así para darle en el gusto, aún cuando hace rato que ya «no sopla»—, visitó a Lugones a fin de inquirir la opinión de éste sobre la pieza, que sólo alcanzó a una segunda representación.

—Si he de decirle la verdad—respondió el poeta de *La Guerra Gaucha*—, a mí no me agradó mucho; pero, en cambio, deleitó a mi señora y a los niños...

II.—CARRERA EN LA CAÑADA!

Afortunadamente, no en todo el teatro inspirado en el período archiepíco aparecen cañones, muertos, heridos y banderas. No en todo y estando lejos del país—y por esto había retardado hasta hoy estas anotaciones marginales—, recibí por correo un librito, prudente como dimensiones, y provisorio como impresión, llamado *Escenas de la vida de O'Higgins*, drama histórico en tres actos, de Gloria Moreno.

A lo mejor se trataba de una comprobación más de que la Independencia es una especie de durísima piedra azul de que aun no brota lo humanamente sentimental,— que no puede faltar, tratándose del rey y de la reina de la Creación...

«Gloria Moreno», la autora penetrante de otras piezas,

delicadísimas como psicología y muy actuales como técnica teatral, habría *manqué son coup* esta vez.

Empecé a leer casi de mala gana: pero junto con dar vuelta la página liminar, encontré esta frase, nueva y audaz, por lo menos entre nosotros: «La autora ha debido guiarse por la intuición para descubrir los sentimientos que animaron a cada uno de los personajes centrales».

Frase clave, promisoramente de que no veremos una presentación patriótica más en la escena, a Dios gracias, «La Última Victoria» no es esto; da certeramente con «los sentimientos que animaron a los personajes centrales», como dice la autora, y no se trata de un desfile con antorchas, más un cañón echando humo en el centro del escenario, sino del ambiente y la psicología del período conmovedor en que se entraba osadamente en la renovación, concretada en dos archtipos, netamente nacionales pero con diferencias insondables a veces: O'Higgins y Carrera.

Los encendía la misma pasión y ambos estaban saturados intensamente por una idea innovadora y llena de misterio sobre las dificultades trágicas con que tropezaría antes de ser una realidad, la idea — fuerza de crear un nuevo país. — ¿Con qué elementos, si no había más que una lonja de tierra pintada de verde entre el mar y el monterío amurallador?

O'Higgins y Carrera son lo más chileno—, resumen a aquel momento genésico—, de la Emancipación y el espíritu de ambos tenía rasgos esenciales, que no se han extinguido y bastaría una amenaza nacional cualquiera para producir la vibración emanada de la mezcla étnica de lo castellano-vasco y lo vernáculo en un clima y un suelo que obligan al esfuerzo porque no resuelve nada espontánea y gratuitamente al individuo.

O'Higgins y Carrera marcan indeleblemente la nacionalidad que empezaba a nacer.

Sin los temores, las indecisiones, las incomprensiones de otros, ambos próceres—el uno caudillo y el otro soldado—, per-

siguen desde el primer momento, y acaso es esto lo único que los acerca momentáneamente, la completa disgregación de la Metrópoli.

No avanzaron y evolucionaron hacia la revolución como quien asciende cautelosamente sino con ímpetu y desde el primer momento, a pesar del tratado de Lircay, en el caso de O'Higgins, el cual no hizo en esta ocasión sino obedecer como subordinado a la Junta presidida por el General Lastra.

Condiciones sociales, educación, físico, modalidades, formación del carácter, peculiaridades y complejos, son bien diversos, extendiendo distancias y poniendo distingos insondables, que una vez comenzada la guerra irían ahondando y exacerbándose hasta el pavor del drama. Acaso el escenario de aquel entonces no tenía espacio bastante para ambos y el final fatídico se insinúa desde que aparece uno, vestido de húsar, elegante, juvenil, y horquilleando un caballo braceador que se paraba fácilmente en dos manos.

Al echar abajo a la Junta timorata, produce el primero de los varios cuartelazos en que fué de puntero y el primero de los cuales estuvo plenamente justificado porque era necesario picar espuelas a la revolución sentada, es decir la Junta, apoltronada y tímida que presidió el Conde de la Conquista.

El otro, O'Higgins, cuenta sus guasos, sus machetes, sus lazos de cuero de potro, sus tercerolas escondidas en las Canteras entre pipas y panzas de grasa, y frecuentemente pica espuelas de rodaja a su caballo chillanejo para ir a complotar y conferenciar a puerta cerrada con Martínez de Rozas en el Partido del Sur, Penco, o sea la vieja Concepción, foco ideológico de la Revolución porque ahí estaba el susodicho don Juan Martínez de Rozas.

Dado el carácter y el momento de los personajes que se disputaban la primacía,—lo que es mucho menos ostensible en O'Higgins—sobrevendrían fatalmente la divergencia, el choque y la separación definitivas.

Ahora bien. ¿Qué movía primordialmente a ambos personajes y cuál el era el «resorte matriz» de cada cuál?

La ambición patriótica, encendida y absorbente en ambos. Es este el único rasgo común en medio de una copiosa serie de circunstancias que habían producido caracteres, modalidades, procedimientos violentamente diferenciados. La vida, tan diversa para uno y otro, los había estilizado de manera antagónica y no podrían estar juntos ni de acuerdo en nada.

Uno lo había encontrado todo hecho como situación social, rango, preeminencia y recursos.

Físicamente atlético, pero no estilo ring, sino como el Hermes griego, era fuerte, sano, varonilmente hermoso, sin ser «bonito», nada más difícil en el macho que llevar la hermosura.

Tenía la gracia del mundo sin nada de hosco ni agresivo y habría podido ser un conde, un marqués, un afortunado gentilhombre o un estupendo guardia de corps. Pero bajo esas exterioridades de *homme à femmes*, quemaba la ambición y, seguramente, no concebía que nadie, que no fuera el húsar y gran señor, pudiera ocupar el sitio central y dominante del escenario.

Fué, pues, la vida la que le embutió, inicial y profundamente, este concepto de prioridad personal.

El otro—«el guachito», como diría Portales—, tendría que hacerse a sí mismo y la vida lo enseñaría y lo enseñó a golpes.

Don José Miguel, en cambio, lo tuvo todo desde que apareció alegremente en el atildado solar de sus mayores. Todo, dominios agrarios poblados de inquilinos, guasos mansos y cazorros que adoraban al «patroncito», agraciado y jinetazo desde pequeño.

Tierras de migajón en el campo y en la ciudad, imponente casona con portón, cerrado y claveteado, cancelas, obra de los relojeros locales y salas con estrado, cornucopias, clave y de cuanto se podía acarrear de la Metrópoli y luego del puerto a la capital, a lomo de mula o de esclavo.

¡La cuna, la fortuna, la figura!... Afortunado trinomio generador de un orgullo disimulado por modalidades atrayentes, pero que rebasaban del yo profundo.

Todo eso había asentado en don José Miguel el concepto ergotista y dominador de que tenía que ser irresistiblemente el primero en el estrado, en los acontecimientos, en el mando, en los ejércitos, en las alturas o en el llano, sin excluir—*ça va sans dire!*—las sonrisas de las damas. Lo dicho; el primero en todo. Y si no, no.

Había ido a España, cargando contra los invasores en su bizarra calidad de húsar de Galicia y cuando regresó a la Capitanía General tenía veinticinco años. «Ya puede usted imaginarse!...»

En esos momentos, y por esto había regresado, se reflejaba aquí de soslayo y aun con los Andes de invierno de por medio, lo que pasaba en el Viejo Mundo: la Colonia se agrietaba como retablo de mala madera o mal ajustado y en el silencio provincial del poblacho, no tardó en oírse el piafar de un potrón dorado y el tintineo de unos espolines de plata: Carrera en la Cañada!... Don José Miguel con uniforme de húsar, pelliza azul con brandeburgos blancos terciada sobre el hombro; espada corva de mayor de caballería ligera, ojos encendidos, rostro oval, patillas carrilleras y, como queda dicho y subrayado, veinticinco añitos.

Venía a poner al galope la Revolución; a imprimirle una trayectoria y el conjunto de sus medidas atacarían a fondo la estructura colonial de que arrancaría con piqueta el escudo de la Metrópoli y, como Miranda, el visionario, estamparía en el paisaje y en el espíritu los colores de una bandera y el diseño de un escudo, que, por lo demás no tardarían en ser mandados guardar.

Pero lo primero de todo era destruir militarmente el poder español y para esto aguardaba don Bernardo con la bestia tomada de la brida trenzada.

No sé lo que dictaminen los historiadores; pero a mí, que no lo soy, el grande e infortunado don José Miguel—nada más exacto y justo que el glorioso epitafio aquél: «La Patria a los Carrera, agradecida de sus servicios, compadecida de sus desgracias»—me parece más precursor que guerrero: el que cargaría vociferando con el sable en alto y su animal, chiquito y nervioso, parado en los remos traseros, sería O'Higgins, cuyo nombre tiene la eufonía de un fuego graneado. . .

Las mujeres pegaban la cara a las rejas con un gajo de palma bendita para ojear al húsar y cómo verlo que se quedaban secreteándose y haciendo mandas para que no le sucediera nada y volviera a pasar. El magnífico centauro que aun no bordeaba la treintena, pasaba saludando gentilmente, lo que, andando los pícaros años, sería el postrer gesto de su arrogancia y su galantería, al llevarse la mano a la altura de la gorra para saludar a la mujer que desde un balcón cercano lloraba a lágrima viva al verlo caminando engrillado hacia el patíbulo mendocino.

No está probado, ni es probable, que aquellas mujeres de pollerón de seda joyante y moño de tortilla de rescoldo, corrieran, asimismo, a la reja verde y blanca para ver a O'Higgins, macizo, más bien bajo que alto y con muy poco de criollo en el tipo.

Pelearía con un rifle entre las manos, a gritos y enardecido, y con la Expedición Libertadora pondría a Chile en el plano de lo continental porque los barcos de esa empresa prodigiosa, barrerían el mar de buques españoles, dejando a las tropas reales sólo las líneas interiores para moverse, con todo lo que esto significó para la Independencia definitiva del conjunto americano.

A don Bernardo no le sonrió la fortuna sino cuando él la hizo sonreírse y no hay para qué enumerar las pellejerías y trajines, bien conocidos, a que lo sometió su progenitor, retobado e hipócrita, que primero escondió y alejó al bastardo y que después no contestaba las afligidas epístolas que éste le escribía desde

España y desde Londres. La vida fué, pues, bien dura con él y para el criollaje engolado—hacienda en los aledaños y casona en el poblacho, chato y rezador,— sería siempre «el guachito».

De regreso a Chile acampó en la lejanía de las Canteras; labraba la tierra, se acostaba con las gallinas y se levantaba con los gallos; se hizo campesino; pero estaba inquieto y muy atento con lo que acontecía en Europa y de vez en vez, ensilla él mismo o manda ensillar; lo acompaña de estribo a estribo un guaso con alforjas con tejido de «choapinos»: hace sonar la rodaja de las espuelas y después de vadear el correntoso Diguillín y otros riachos metidos a grandes y bravucones durante la invernada, arriba con parte de noche a Concepción, y cena y platica largo y a puerta cerrada con Martínez de Rozas, su amigo y confidente, el cual formaría parte de la primera Junta. Retornaba a las Canteras sumergido en sus meditaciones: marchando al paso y si era invierno y había niebla arrastrada, con la cabeza sumergida en la boca del poncho maulino rebasado por las patillas carrilleras.

Para cambiar de postura se erguía sobre los estribos labreados a cuchillazos: ante sus ojos relampagueantes se extendía el paisaje bárbaro—Memorias a don Alonso de Ercilla el de las octavas tan rotundas que a veces parece que rebotan en las coracinas de los castellanos!— y chivateaba el viento, queriendo doblar los pinos piñoneros. Tupían a lo lejos las araucarias y ¡palabra! que parecía vocear de nuevo el malón de los toquies con cueros de puma por montura y en vez del casco o bacinete español, unas plumas de choroy en la cabeza.

Hasta es posible que en medio de aquel paisaje empavonado de nubes en que clareaba uno que otro pincelazo azul, creyese ver a Miranda, el precursor con su pelo blanco y su mirada profunda.

Don Bernardo no había sido Mayor de húsares sino algo bastante más humilde y rural: subdelegado del peladero de la Laja—piedra, arenilla, según el diccionario— región en que ha-

bía uno que otro «fundo» y una que otra puerta campestre, sosteniéndose no se sabe cómo en la pared de adobón remojado en que se dejaban caer desde dentro, queriendo salir al camino, mañius, lumas, peumos y laureles.

Retornaba de sus encerronas con Martínez de Rozas más locuaz que de costumbre y un día habló con gran fervor de sus ideas patrióticas.

¡Qué cosas se le habían metido debajo del pelo!

Doña Isabel, su madre, lo escuchaba sorprendida y recordando seguramente a don Ambrosio el Virrey, le repetía y cantaleteaba que debía ser «labrador como su abuelo». E insistía una y otra vez: «labrador, sí, labrador, Bernardo»...

Mentando por primera vez al que en el Viejo Mundo—viejísimo—preconizó la manumisión de estos países, doña Isabel levantó el diapasón, que era alto: «Quién es ése!»... Algún hombre peligroso!... Olvídalo y cultiva tus engordas y tus siembras, como tu respetable abuelo!...

Ese ser «peligroso» era el Visionario y la sombra de Miranda, iluminado y terco, reapareció con su arete y su casaca laureada de General de la Revolución Francesa.

III.—LA ÚLTIMA VICTORIA

Algún tiempo después de los acontecimientos del 18 de Septiembre de 1810, don Bernardo y su clan—su madre y su hermana—se encaminaron al norte, a Santiago, parte a caballo y en mula con los almofreces, parte en calesa derrengada, que no daba seguridad alguna de no abrirse como camareta antes del fin del viaje.

Se instalaron en la Cañada y, sin la menor duda, fué ahí donde Rosita sintió en lo vivo *le coup de foudre* al divisar a través de la reja aquel húsar azul, tan buen mozo y con planta de caudillo, como que ya había dado varios cuartelazos—llegando y cortando escobas—, arremetiendo sin miramientos contra

la estructura colonial, lo que nadie podrá negarle, reconociendo, eso sí, que lo primero que había que hacer era tumbar militarmente el régimen colonial.

En las calles en forma de camellón, leían y voceaban en alta voz algo con un nombre que Rosita ni conocía ni había oído hasta entonces: *La Aurora*... En Chillán pregonaban sólo obleas, pajuelas y velones para los guarda brisas.

¡La Aurora!... ¡Qué mercancía podía ser esa?

Debe haber sido por aquellos días cuando la niña chillaneja—y no tan niña porque debía bordear la treintena—se sintió deslumbrada por el húsar y por cierto que no le faltaba razón estética para esto. ¡Era tan bizarro y buen mozo!

Lo mismo o algo parecido debió ocurrirle a todas las Rositas de aquel entonces, máxime si venían del casón encalado y velones de tapihue, «choapinos», centilleros de plata laboreada a mano en la sala y en los patios con naranjos y enredaderas de la pasión, limoneros agrios y un copioso concurso de mulatas y mulatitas, especializadas las primeras en el dulce de hebra y las segundas, encargadas de negocios tan importantes como llevar a la iglesia el piso, la alfombra y otros enseres más íntimos en el interior de la casona.

La casa de la Cañada, era predilecta de la solana y la visitaba a la hora del chocolate batido a molinillo su paternidad fray Francisco Javier.

Habían llegado los sucesos de marca mayor profetizados oportunamente por don Bernardo: como que había desembarcado Pareja y avanzaba Osorio—que seguramente había peleado en la Península a las órdenes de Palafox, bravo y chusco: cuando el general franchutis, vencido en Bailén, le entregó su espada, queriendo excusarse, le dijo que era la primera vez que le ocurría algo semejante... Y a mí también!—le contestó muy fresco don José, duque de Zaragoza.

Osorio avanzaba al norte, redoblando sus tambores y tam-

boras y la bandera monárquica se venteaba de nuevo en todo el Partido del Bío-Bío.

¡Mediados de septiembre de 1814!

O'Higgins había pasado el Cachapoal—famoso por sus pejerreyes y que venía de crece—, y no sólo se replegaba, sino que se encajonó entre las cuatro desembocaduras de la Plaza de Rancagua con sus iglesitas, como hospederías: la Merced y San Francisco, en cuyas torres para murciélagos, O'Higgins mandó izar un trapo negro.

Tenía razón, pues, para temblar y rezar doña Isabel, enclaustrada en su casa de portón cerrado y como si lo empujaran desde dentro.

Rosita, creyendo infundirle ánimos, le dijo una vez que «con O'Higgins y Carrera juntos no había nada que temer»...

¡Qué no hubiera dicho semejante dislate!

Al oírla, doña Isabel le clavó la uña del pulgar a la respectiva cuenta del rosario de palo santo y declaró entonándose que a don José Miguel no le creía ni lo que rezaba...

La incomodidad le estremeció ambos crespos de la frente y se produjo un diálogo que basta para probar la efusión de Rosita por el húsar.

«Carrera tiene a su favor el arrojo, la audacia y la osadía».

La audacia y la figura, pudo agregar; pero se lo guardó.

Más claro echarle agua de la tinaja, que en verano mostraba la boca taconeada de cardenales encarnados: la niña estaba prendada hasta el moño del húsar del potrón dorado y como para que no quedara ni la menor duda al respecto—había sacado los pies del plato!— recordó a doña Isabel que don Bernardo aceptó un puesto en el triunvirato formado después del 4 de septiembre de 1814. Hizo memoria, asimismo, de que don José Miguel, acompañado de Manuel Rodríguez, también húsar y de la muerte, había venido a conferenciar con su hermano.

—¡Qué cosas dices y cómo hablas así!—clamó doña Isabel.

—No quiero oírte más, agregó disponiéndose a salir por el foro y hacer mutis. Pero en ese momento de ruptura de relaciones, apareció doña Josefa Vicuña de Mackenna y a poco de platicar, dió la infausta nueva de que don José Miguel acababa de casarse, de lo que la enamorada platónica estaba completamente en ayunas. Y cuando doña Josefa se fué—no tardaría en quedar viuda después de la muerte de su marido, el general, cuando el duelo con Luis Carrera en Buenos Aires—la cuitada Rosita muy pálida—¡jella que debe haber sido de tan buen color!—sollozó a lágrima viva.

—¿Lloras?... ¿Y por qué?

—¡Nada!... Nada!—contestó, cayendo de rodillas ante un santo Cristo, tallado en palo de avellano y estilo Señor de Mayo en materia de imaginería.

Los días seguían corriendo hacia el drama de la Patria Vieja y humeaba el poblacho con sus trincheras en la plazoleta lugareña. Era el pavoroso 3 de octubre de 1814; hacía tres días con sus respectivas noches que don Bernardo no dormía ni se desvestía y el casón de su madre era un revoltijo de bultos, trastos, chigüas y baúles de cuero de cabra para la partida a la otra banda, antes ¡Santo Dios! que entraran a Santiago Osorio, Olariaga y San Bruno y sus Talaveras.

O'Higgins, el héroe—ya se le podía nombrar así—, relatava con un lenguaje a machetazos la jornada del pueblecito que había quedado ardiendo por los cuatro costados y con una torre con el susodicho trapo de choleta negra.

Avanzaba la noche del 1.º al 2 de octubre—decía don Bernardo—frunciendo las cejas y sumiendo un panal en un vaso de agua fresca—, sin tener noticias de José Miguel y Luis Carrera...

Y como si todavía estuviera bajo la bandera chamuscada y aportillada del combate y el pueblo que se convirtió en fogatas volvía a preguntarse, agitando los brazos, por qué no llegó la tercera división... Por qué!

«Aquel humo era Rancagua!», dijo cerrando su breve relato y ordenando salir cuanto antes camino de la otra banda y Mendoza donde don José de San Martín acababa de tomar el gobierno de la provincia cuyana, justo una semana antes de ser reducida a pavesas la Patria Vieja.

Los acontecimientos siguieron luego su curso: Chacabuco, Maipo el gobierno directorial con sus aciertos y sus fallas—¡y cómo habría podido ser de otra manera, cuando había que organizar un país, plantear un sistema, montar una administración, cobrar contribuciones y armar expediciones libertadoras sin que hubiera nada, absolutamente, como experiencia ni como recursos!

Vino, finalmente, la abdicación patriótica, tema de «La Última Victoria» en que el soldado que había hecho al país militarmente cedió ante la opinión, señalando una trayectoria cívica y ética. Pero se podría afirmar que entonces existiera la opinión, la cual será cualquier cosa pero no esto, si no reúne una serie de requisitos morales, económicos y culturales? La opinión de entonces debe haber sido sólo la de unos cuantos vecinos connotados y con casonas de moginete y la mayoría de los cuales veía en O'Higgins un liberalote temible: lo que llamarían después un pipiolo...

Y llegó la hora de la desgracia—el paso de una a otra luz en la vida, como a todos los libertadores,— y el gran don Bernardo marchaba al destierro. Volvería, pero embalado entre las cuatro tablas del «chaquetón de pino».

Desde el día que intentó ocultar las lágrimas, deshaciéndolas con las manos, Rosita no volvió a nombrar al húsar. Asustada su pasión o su inclinación naciente, se ocultó en el yo profundo; pero es bien probable que volvieran a aparecer reanimada por el drama, si hubiera adivinado que, en la ciudad a que se encaminaba con los suyos, no tardaría mucho en eruirse ante los rifles de la ejecución el húsar azul, que camino del patíbulo, se llevaría elegantemente la mano a la gorra para

saludar a la mujer, tan femenina, que lloró al verlo en tal trance.

Recapítulo: El drama en la obra de Gloria Moreno, no surge de la pasión, apagada al nacer, sino del dominio del héroe sobre sus pasiones, su carácter y sus intereses. En efecto, el que había conocido la victoria militar alcanzada a pulso y echando pecho, quiso también la victoria moral que fué la abdicación del poder, cuando la verdad es que habría podido deshacer con la dragona de su sable la fronda interesada levantada contra él.

«Antes de vencer a mis enemigos aprendí a vencerme a mí mismo—le escribía después a San Martín desde Lima y ya «bajo la sombra de su viña y de su higuera».

* * *

En resumen, *Las escenas de la vida de O'Higgins* hacen revivir insuperablemente el ambiente conmovedor y evocador de los momentos en que la Colonia se transformaba en país, poniendo al héroe el magnífico ejemplo cívico de desprenderse del poder cuando aun tenía medios sobrados para retenerlo.

No lo hizo así y alcanzó su «última victoria» el que fué, no sólo el héroe ecuestre de Rancagua, sino el que, junto con modelar la nacionalidad propia, avanzó a lo continental con la Expedición, que al aventar del Pacífico meridional los barcos españoles, paralizó por completo los movimientos de éstos, haciendo viable la jornada del gran Bolívar.

El O'Higgins de Gloria Moreno resulta, y es así, lo más heroico y también lo más ejemplarmente ético de nuestra historia, y la autora ha hecho algo trascendente al elevar a la categoría de una obra de arte admirable el sacrificio cívico con que el héroe cerró armoniosamente el círculo de su vida pública.